CAPITULO XLVIII

¡Siempre ingrato!

Román continuó mejorando, hasta el extremo de creerse el médico que le asistió, en el caso de despedirse dándole de alta.

La satisfacción de la marquesa y de Ana aquel día, era indescriptible.

¡Román estaba salvado! ¡ya no había peligro ninguno que temer! ¿Qué les faltaba á ellas que en el marqués adoraban para ser felices? Nada.

Durante su enfermedad Román había experimentado muchas y muy diversas impresiones.

La presencia constante de Ana, sus cuidados para con

él, sus desvelos para asistirle, aquel amor puro y apasionado de que la joven le daba pruebas indubitables á cada momento, hacian rendir su corazón de gratitud y de cariño ante la joven.

Entonces Román se juraba amor solamente á su prometida, olvidar por completo el extravío de un momento, no volver á acordarse siquiera de aquella otra mujer, de aquella beldad que le había conducido con sus coqueterías al borde del sepulcro, de donde Ana, su amada Ana, le había arrancado con su tierna solicitud y su extremado celo.

—¡Ah! imposible,—se decía Román.—¡Volver yo al teatro Real, solicitar siquiera una sonrisa de Genoveva! No, nunca, nunca; ¡antes morir!

Pero ya hemos dicho que el alma de Román estaba formada de fango mezclado con algunas partículas de oro.

Aquella impresión que había arrancado al marqués exclamación tan noble y tan digna, desaparecia en seguida y á su pensamiento acudía presurosa esta otra reflexión en perfecta armonía con la pequeñez de su alma y la mezquindad y pobreza de su espíritu.

—¡Pero qué hermosa mujer es Genoveva! ¿Y por qué he de renunciar á sus favores que ya tenía conquistados? ¡Ana es un ángel! pero ¡casarse ahora es muy pronto!

Antes hay que volar, hay que disfrutar del mundo.

Lo mejor es esperar, como dice su tío, y cuando esté

cansado de correr iré á descansar en brazos de ese ángel que tan buena enfermera hace.

Este era Román: esa su condición, esa la nobleza de su alma, para con la mujer á quien debía la existencia.

Cuando fué autorizado por el médico para despachar su correspondencia atrasada durante su enfermedad, se encerró en su gabinete y fué abriendo una por una una porción de tarjetas y cartas que tenía allí guardadas.

Entre las cartas halló dos de Genoveva, que acabaron de perturbar su cerebro.

En una de ellas le hacía protestas de su grande amistad: le expresaba su sentimiento por el lance que no había podido evitar por más que hizo; le pedía perdón, le hablaba de la repulsión que le inspiraba Linares y acababa pidiéndole compasión para una amiga que estaba arrepentida de haberle tratado, durante cierto tiempo, con poca piedad.

En la otra se limitaba á darle la enhorabuena por su restablecimiento, y á citarle en su hotel para el día en que pudiese salir á la calle.

—¡En su hotel!—exclamó Román, á cuya mente acudieron las escenas de la noche en que cenó con la artista presentándosele la imagen de Genoveva con todos sus encantos, con su fascinadora hermosura.

La idea de salir en aquel instante cruzó por su mente, pero ¿cómo intentarlo? Su madre no se lo permitiría y además no tenía aún fuerzas para salir á la calle, ni el médico le había autorizado para ello.

El marqués renunció á su proyecto aquel día; pero de su mente no se retiró ni un instante la idea de ir á ver á Genoveva.

Queriendo á Ana, como podía querer su corazón, y estándole agradecido, como él era capaz de estarlo, bastó la carta de Genoveva para que mirase con indiferencia á aquella sencilla y encantadora niña que por él hubiera dado gustosa la vida. ¡Tanto le amaba!

Todo aquel día y aquella noche durante la velada, Román se mostró frío, indiferente, preocupado, lo cual en realidad estaba.

Aquel cambio no pasó inadvertido ni para Ana ni para la marquesa, las cuales no tardaron en respetar el silencio del joven, entregándose ellas también á reflexionar.

—¡Pobre Ana!—pensaba la marquesa,—estás condenada á sufrir. Tu madre te legó su infortunio. Como ella vas á ser muy desgraciada, sin que baste á evitarlo la bondad de tu alma, el cariño del general y el afecto maternal que te profeso.

Por su parte Ana, se decía:

—¿Qué puede motivar el ensimismamiento de Román? ¡Ha estado leyendo las cartas que ha recibido!... ¿Habrá alguna?...

El nombre de Genoveva acudió á su mente, y su cuerpo tembló á impulsos de una conmoción nerviosa.

—Genoveva,—penso;—Román me aseguró que no conocía á nadie que así se llamase. ¿Por qué me iba á engañar? Quizá estoy ofendiéndole con el pensamiento. ¿Puedo dudar de su amor?

Pero aquel lance cuya causa no conozco más que por las frases sueltas, que á vivas instancias mías Román ha pronunciado... ¡Dios mío, será posible que me condenes á sufrir tanto!

Cuando la conversación se reanndó, Román vertió la idea para ver como se acogía, de que deseaba salir al día siguiente por la tarde.

—¿Estás loco?—exclamó la marquesa.

—No, mamá, no estoy loco. Me encuentro curado de la herida; no tengo más que alguna debilidad y no creo que ésta sea motivo para que permanezca aquí encerrado eternamente.

—¿Tanto te fastidias á nuestro lado?—le preguntó Ana.

—No, Ana. No es que me fastidie en vuestra compañía; pero, francamente, no es extraño que aspire á tomar el

aire y á que me den los rayos del sol siquiera sea por algunas horas.

—¿No es más que por eso por lo que deseas salir?—preguntó la marquesa.

—Nada más.

—Pues en ese caso, hijo mío, puedes aplazar la salida. Nuestro jardín es grande y en él da el sol casi todo el día.

Esta respuesta dejó cortado por el pronto á Román; pero reponiéndose al punto, dijo:

—No es eso solo. Ya ves que yo debo pagar las visitas que he recibido de los amigos durante el tiempo que estuve en cama...

La marquesa comprendió que un interés que ocultaba, movía á Román á salir antes de lo que ella hubiese querido, y no insistió en su oposición.

En cuanto á Ana no repuso una palabra, pero sintió que en su corazón se clavaban otra vez los dardos de unos celos que á medida que reflexionaba iban adquiriendo fundamento.

Ana, á ruegos de la marquesa se sentó al piano y en él vertió su pena, arrancando á las teclas quejidos tan tristes y armoniosos como los suspiros que exhalaba su pecho.

Acababa la joven de tocar una balada alemana en la

que habia puesto su alma y que había hecho verter lágrimas á la marquesa, cuando aproximándose Román al piano, la dijo:

—Mira, Ana, has ejecutado esa pieza admirablemente; pero déjate de tristezas. Toca otra cosa.

—No puedo, Román.

—¿Por qué, Ana?

—Porque mi alma sufre y halla consuelo en esas notas dulces y tristes como son mis pensamientos.

—¿Tan triste estás? ¿Y por qué sufres?

—Por nada, Román.

—Eso mismo creo yo. ¿No eres feliz?

—¡Feliz! ¿Quién lo es en este mundo?

—Tú, Ana. ¿Qué te falta?

—¡Qué qué me falta!

—Sí, ¿qué?

—Cariño.

—¡Cómo! Pues apenas tienes quién te quiera.

El general adora en tí; mi madre te quiere con delirio, y yo ¿necesito decirte lo que te amo?

—¡Qué me amas!...

—Sí, Ana, más que á mi vida.

—Eso creia antes, pero ahora...

—Que, ¿has visto en mi algo que te permita dudar?

—¡Román!—exclamó Ana, vertiendo lágrimas,—¿Quién es Genoveva?

Román cuyo color estaba quebrado desde que recibió

la herida, enrojeció ante esta pregunta y guardó silencio.

—¿No quieres decírmelo?—añadió Ana.—No me hace falta, lo supongo.

—Que cosas tienes, Ana. ¿Qué quién es Genoveva? ¿Lo sé yo acaso?

—¿Por qué la nombrabas en tus delirios?

—Eso, hija mía, pregúntaselo al doctor. ¿Sé yo acaso lo que en aquel estado decía?

—Román, perdóname; pero creo que no me amas como antes; creo que hay otra mujer que me disputa tu cariño. ¡Ah, si así fuese, Román, me moriría!

El marqués experimentó una sensación especial ante esta exclamación nacida de un alma enamorada, de un sér que no sabía mentir, que dejaba hablar á su corazón sin restricciones ni fingimientos.

Bajo aquella impresión, Román juró á su prometida que le sería siempre fiel, que á nadie sino á ella amaba, y viendo convencida á Ana no escaseó las frases tiernas, ni las promesas más sentidas.

La velada acabó de muy distinto modo que había comenzado, y cuando Ana se despidió de la marquesa rebosando felicidad, la madre de Román la dijo al besarla:

—Vamos, picarilla, ¿te marchas contenta?

—Mucho, madre mía.

—¡Pobre niña!—exclamó la marquesa,—no conoce á Román. ¡Qué triste es para una madre conocer los defectos de su hijo! El mío labrará la desventura de esta niña á la que parece quiero más todavía desde que conozco su historia.

¡No sé por qué el corazón me dice que va á ser tan infortunada como su madre!

Román no tardó en retirarse á sus habitaciones.

Una vez solo se puso á reflexionar sobre la escena ocurrida junto al piano.

La reacción no tardó en presentarse. Dejó pensar á los sentidos; éstos llegaron á imperar acallando todo noble pensamiento, y el marqués de Moratalla acabó por decirse:

—Bueno; está visto que estoy de suerte con las mujeres; Ana me quiere de verdad; pero Genoveva me brinda tales encantos... ¡Dejémonos de platonismos y gocemos de la vida! Mañana veré á Genoveva.

¡Pobre Ana! ¡qué ajena estaba de que así pensaba en aquel momento el hombre á quien más quería en el mundo, el que constituía su vida, sus ilusiones, todo en fin para ella!

CAPITULO XLIX

Ilusiones perdidas

Aquella noche Román no pudo conciliar el sueño.

La imagen de Genoveva no se separaba un momento de su imaginación, y el deseo de verla en lucha con el respeto que debía á las órdenes de su madre y con la consideración que no se le ocultaba merecía la infeliz Ana, robaron el sosiego y la quietud á su espíritu.

En este estado de ánimo amaneció.

Entonces logró rendirle el sueño, y el marqués descansó hasta las dos de la tarde.

A esta hora se levantó con una resolución tomada.

Aquella tarde vería á Genoveva.

Llamó á su ayuda de cámara, se hizo vestir y mandó que enganchasen.

—¿Va á salir el señorito?—le preguntó Manuel.

—Sí. No digas nada á mi madre: no hay necesidad.

—Está muy bien.

Media hora después Román subía al carruaje y daba la orden á su cochero de conducirle al hotel de Genoveva, cuyas señas le indicó.

Cuando Román se presentaba en casa de la cantante, ésta se hallaba conferenciando con Linares.

Al oir el nombre del marqués anunciado por un criado, miró á su cómplice, y cuando desapareció el sirviente, le dijo á Linares:

—Siempre tienes razón.

—Mi trabajo me cuesta.

—¿Tu trabajo?

—Sí. ¿Crees que no lo es indagar, inquirir datos para estudiar los caracteres?

—Comprendo.

—Te dije que el marqués de Moratalla volvería. Y ya lo ves. Ahora ya sabes lo convenido. Hazle enloquecer, sea como sea, y luego no olvides que tienes una rival y que has de vencerla en la lucha.

La empresa no es ardua, porque ese caballerito tiene un alma de cieno, y no es hombre que interese en nada su corazón, sino sus sentidos.

—Lo conozco yo tan bien como si lo hubiera tratado toda la vida.

Pues lo que es el juicio que te merece no es muy bueno. Casi estoy por proponerle que forme parte de nuestra sociedad.

Y al decir esto Genoveva dejó oir una ruidosa carcajada.

Linares se internó en un gabinete contiguo para buscar un pasillo y salir de la casa sin ser visto del marqués, cuando éste precisamente entraba en el gabinete de Genoveva.

No vamos á relatar la conversación que sostuvieron Román y Genoveva, ni á detenernos en pormenores de una escena en que, de un lado mediaba una pasión mal contenida y de otro la coquetería, los recursos miles que una mujer de cierto arte y de cierta escuela emplea, para enloquecer y para explotar.

Román salió del hotel después de las doce de la noche. Se habia olvidado de su madre, de Ana, de su estado débil, de todo, y las horas habian volado para él entregado á las delicias de amor viéndose correspondido por una mujer encantadora.

Al llegar á su casa aquella noche se encaminó directamente á sus habitaciones, no queriendo entrar en las de su madre, por no encontrarse ni con ésta ni con Ana.

Después de lo sucedido, su conciencia le hacia rehusar una entrevista en la que seguramente se le habrían hecho cargos, á los cuales no hubiera sabido qué responder.

—Ya pensaré algo esta noche para responder al interrogatorio á que mañana han de someterme,—se dijo Román al tiempo de entrar en su gabinete.

—Buenas noches, —le dijo la marquesa que estaba esperándole.

—¡Tú aquí!—dijo el joven contrariado.

—Sí; yo aquí. ¿Tiene algo de particular que tu madre te espere? No quiero preguntarte nada, no quiero saber dónde has estado, sólo deseo decirte que tu conducta no puede ser más censurable y que desisto de encaminarte al bien. Depongo la responsabilidad que ante Dios y ante el mundo de tu perdición puede caberme y te abandono.

Y así diciendo, la marquesa, conteniendo las lágrimas que acudían á sus ojos y con actitud digna y enérgica, se encaminó á la puerta, sin que Román pronunciara una sola palabra.

—Eres demasiado severa conmigo.

—¡Ojalá lo hubiera sido, y otra sería hoy tu conducta!

—¡Mamá! es que no quieres hacerte cargo de las cosas. Ya no soy un niño: tengo compromisos de amistad ineludibles y...

—Sí, y por esos compromisos de amistad, te marchas sin anunciarlo cuando todavía estás convaleciente, y no vuelves en todo el día.

—Te explicaré lo que he hecho y tengo la seguridad de que me perdonarás.

—No lo creo.

—¡Quién sabe! No sé lo qué te habrás creído, pero á juzgar por tu enojo tan grande, sin duda crees que he estado provocando otro lance.

—Tal vez.

—No, mamá; eso no es para todos los días. El objeto de mi salida y de mi tardanza ha sido el cumplimiento de una oferta. Hemos estado mis amigos y yo celebrando con un banquete mi restablecimiento. Siendo yo el anfitrión, ¿iba á dejar la mesa cuando se brindaba á mi salud y se daba expansión á los ánimos con el calor del Champagne?

—¡Me engañas, Román!

—No te engaño. Créeme.

La marquesa, que era harto débil con su hijo, empezó á ceder en su actitud, y Román creyó llegado el caso de redoblar sus argumentos para convencer á su madre.

Media hora después ésta salía convencida de que lo que Román había hecho, si bien no merecía plácemes, tampoco era censurable.

Por lo demás, Román estaba bien; su salud no había padecido con la prematura salida, y esto era lo más importante para ella.

En aquel momento se acordó la marquesa de Ana, y pensó:

—¡Pobre Anita! ¡cómo estará sufriendo! La verdad es que no he debido llenar de zozobra su corazón.

Pero claro, ¡vaya usted á fingir delante de ella!

¡Yo me temía algo grave y se lo he dicho! Pero ¡bah! así mañana experimentará gran alegría.

Cuatro días después se acordó que Román saldría por la noche, en vista de que estaba bien y por su parte la marquesa y Ana decidieron asistir al teatro de la ópera, donde por vez primera se cantaba el *Don Juan*.

La majestuosa y elegante sala del coliseo ofrecía un aspecto deslumbrador. En los palcos veíanse bellas y elegantísimas damas luciendo sus mas ricas *toilletes*.

La mujer convertida en primorosa hada mostraba sus múltiples encantos, redes fascinadoras en que el hombre cae siempre que se le tienden, lleno de felicidad incomparable, aunque más tarde llore tanta dicha pasajera.

El color blanco predominaba en los palcos, haciendo contraste con el frac severo y elegante con que se ataviaba el sexo fuerte.

Eran las ocho y media y ya todos los palcos y butacas se veian ocupados.

Cantábase por vez primera en la temporada el *Don Juan* de Mozart, y existia verdadero interés por conocer la interpretación que daban á la colosal partitura los artistas del privilegiado coliseo.

La orquesta, preparándose para interpretar fielmente su parte, recorria *sotto voce* el pentágrama. Uniase á esto las conversaciones animadas que en palcos y butacas se sostenian, exponiendo cada uno su juicio adelantado sobre el éxito; y por último, aumentaba el ruido el público, aglomerado en el paraiso, lugar donde si no va la gente rica, acuden los inteligentes y verdaderos aficionados al arte divino.

De pronto la orquesta se dejó oir, las conversaciones cesaron y el ruido infernal del paraiso se convirtió en religioso silencio.

Iba á comenzar la representación. Los espectadores ocuparon sus localidades, y un momento después la orquesta interpretaba con religioso cuidado la inmortal obra tan apreciada de todos los públicos inteligentes.

Aprovechemos el instante para informar á los lectores de algo importante á nuestra obra.

La marquesa de Moratalla y Ana, ocupaban el palco

entresuelo número 6 y junto á ellas en el palco inmediato hallábanse los condes de Altazona con sus hijos.

Apenas terminó el primer acto, se dejó ver en el palco de los condes un joven, para nosotros conocido: Perico Miró.

—¡Hola, Periquito!—dijo la condesa al verlo.—¿Caro te vendes?

—Tengo tanto que hacer, condesa.

—¿De veras tienes mucho que hacer?—le preguntó sonriendo el conde.—¡Tú ocupado en algo! Vamos, Perico, permíteme que lo dude.

—Ahora discutiremos ese punto, si usted quiere, pero antes déjeme saludar á las niñas.

Cuando Perico terminó este deber de cortesía una de las hijas del conde adelantándose á éste, le dijo:

—Vamos, Perico, ¿cuéntanos alguna novedad?

—¡Novedades! hay tan pocas...

—Para tí siempre hay algo nuevo.

—Pues mira, Marcela, si lo dices por broma, has de saber que tengo noticias, muy nuevas, pero muy nuevas.

—Y ¿nos las dirás?

—En castigo, me las reservo.

—¿En castigo de qué?

—De haberme supuesto incapaz de saber algo nuevo.

—Vamos, Perico,—dijo la condesa, cuya curiosidad superaba á la de sus hijos.—No seas rencoroso y dinos lo que se cuenta de nuevo por Madrid.

—Ante esta indicación, —dijo Miró,—depongo mi rencor con Marcela y contaré lo que sé.

El conde, que no participaba de la curiosidad de su familia, tendió la mano á Perico y salió del palco después de decir:

—Me voy porque no quiero enterarme de vidas ajenas.

Perico entonces, no sin cierto énfasis, empezó diciendo:

—¿Se acuerdan ustedes de un duelo verificado hace próximamente un mes?

—¿El de el marqués de Moratalla con Linares?—preguntó la condesa.

—El mismo. ¿Supieron ustedes la causa?

—Sí, rivalidades entre ellos por una mujer.

Ana que desde el palco inmediato escuchaba la conversación, palideció al oir esto; pero dominándose continuó escuchando.

—Bueno, pues la novedad de hoy es que el marqués bueno y sano se ha presentado otra vez en el cuarto de la artista causa de aquel lance.

—¡Hombre! Pues no veo el interés de la noticia,—dijo Marcela.

—Es verdad que esto no tiene nada de interesante, pero lo tiene el que el marqués fuera ayer á casa de Genoveva Colombi y se pasara el día á su lado; lo tiene el que haya conquistado el corazón de esa mujer y el que haya desbancado á Linares que se vanagloriaba de ser el preferido por ella.

Ana no pudo resistir aquel golpe que venía á herir de lleno su corazón y apenas tuvo fuerzas para abandonar el palco y dejarse caer en uno de los sillones del antepalco.

La marquesa salió tras ella, y la encontró vertiendo amargo y abundante llanto.

La madre de Román no había oído la conversación que en el palco inmediato sostenían, así es que no pudo comprender la causa de la indisposición de Ana.

—¿Qué tienes, Ana? ¿Qué te pasa, hija mía?

—¡Me ahogo; me ahogo!—exclamó la joven.

—¿Estás mala? Vámonos de aquí; sin duda el calor te ha hecho mal.

—Sí, ¡el calor!—exclamó la joven.—¡Vámonos sí, vámonos!

Y haciendo un esfuerzo se incorporó, se puso el abrigo, ayudó á la marquesa á ponerse el suyo y abandonaron el teatro.

Una vez en su casade, Ana refirió la conversación que había oído.

—Hija mía,—le dijo la marquesa después de oirla con religioso silencio:—¡Olvida á Román! porque no es digno de tu amor.

—¡Olvidarle! ¡Eso es imposible!

—Entonces, Ana, vas á sufrir mucho; Román se ha

descarriado: Román va á causar tu desgracia y mi muerte. Me lo dice mi corazón de madre, y á las madres difícilmente las engaña el corazón.

—¡Qué desgraciada soy!

—¡Mucho lo somos, hija mía! Ya ves, ¡yo quisiera poder consolarte! Pero te debo decir la verdad, y la verdad es esa.

Conformémonos con nuestra desgracia.

—¡Imposible! ¡Le amo demasiado para olvidarle!

Aquella noche, mientras Román sostenía amoroso coloquio con Genoveva y recibía las felicitaciones de sus amigos por tan notable conquista, la marquesa y Ana lloraban sus muertas ilusiones.

CAPITULO L

Un esfuerzo supremo

Pasó un mes sin que Ana volviese al palacio de Moratalla. En cambio la marquesa pasaba gran parte del día en casa del general, asistiendo á la joven que se encontraba enferma.

La impresión que le había producido la confirmación de la sospecha que desde el delirio de Román laceraba su alma, las frases de la marquesa aquella noche, sus esperanzas desvanecidas, sus sueños de amor y de ventura evaporados, sus ilusiones perdidas, su amor contrariado, todas estas causas habían producido tal efecto en la naturaleza de la joven, que enfermó.

De su espíritu apoderóse una tristeza que hubo momentos en que dió que temer á todos...

Ana habia perdido el apetito y las fuerzas: las lágrimas no se apartaron de sus ojos y veíanse día por día los estragos que el mal iba haciendo en su naturaleza, siempre débil y en su constitución delicada.

Mientras tanto, Román, enloquecido por Genoveva, apenas iba á su casa, y puede decirse que jamás pensaba en Ana.

La Colombi habia vencido sin trabajo alguno á su rival, y en el pensamiento de Román, apenas si ocupaba insignificante espacio la imagen de su apasionada prometida.

El general y la marquesa comprendian la gravedad de las circunstancias y no se atrevian á dar ningún paso.

Por un lado la conducta de Román, sus sentimientos y su condición baja y ruín, estas cualidades que se habian puesto claramente de manifiesto con su proceder, le impedían hacer renacer la esperanza en el corazón de Ana; y por otra el estado de ánimo de la joven, su enfermedad, su postración, su tristeza, exigían hacer algo para contener el mal que se desarrollaba lentamente, pero que amenazaba tomar serias proporciones, en el caso de que nada se hiciese para atajarle.

En su virtud, la marquesa y Vallejo tuvieron una detenida é importante conferencia para ver de adoptar una resolución.

En esta entrevista los dos se manifestaron de acuerdo; los dos convinieron en la imposibilidad de conseguir la felicidad de Ana.

La marquesa informó á su amigo de detalles importantísimos que hasta entonces había ocultado y que el general sólo conocía á medias...

—Román,—dijo la marquesa, — ha gastado en este mes, sin duda en obsequios á esa mujer, ¿á qué no sabe usted cuánto?

—No sé. ¿Dos mil duros?

—Quince mil, general.

—¡Quince mil duros!

—Si, señor.

—Pero ¡por Cristo, marquesa! que se necesita estar no sé cómo, para haberle dado esa cantidad.

—No se la he dado, amigo mío, pero él se la ha agenciado.

—¿A préstamo?

—Precisamente.

—¡Qué locura! Por supuesto que la vida que hace no puede ser más encantadora. Está llamando la atención de todo Madrid.

—Y en tanto esta infeliz Ana sufriendo por él. ¡Ah! ¡crea usted, Vallejo, que me avergüenzo de tener un hijo asi!

—Yo crei, marquesa, que aquello sería una locura de joven: de esas pasajeras; pero ¡por Dios vivo, que me

equivoqué de medio á medio! Por lo visto, Román ha olvidado á Ana.

—Y á su madre también. Para él, el mundo es esa mujer ó ese demonio. Ella constituye todas las afecciones de mi hijo; ella es la que merece todos sus cuidados, para mí ya no tiene Román una sonrisa, y por lo que respecta á Ana, hace veinte días que sus labios no pronuncian ese nombre; y eso que sabe que está enferma.

—¿Pero ignora la causa?

—Naturalmente.

—¡Pobre Ana!

No sé por qué el corazón me dice que esa niña va á ser tan desgraciada como su madre.

—¿Eso piensa usted?

—Eso pienso, amiga mía; y crea usted que cuando esta triste idea acude á mi mente, no sé lo qué haría, porque parece que me vuelvo loco.

Pero ¿puedo saber por qué me ha hecho usted esa pregunta?

—Se la he hecho, amigo mío, porque muchas veces he pensado yo lo mismo.

—¡Y acertaremos, marquesa!

Estos presentimientos siempre se realizan.

—Yo nada espero de Román.

Es más, amigo mío, de poco tiempo á esta parte he podido apreciar su carácter, su pobreza de espíritu, su pequeñez y su miseria.

Créalo usted,—añadió, aproximando sus labios al oído del general,—créalo usted, amigo mío, nunca, nunca consentiré que Román se case con Anita, porque la haría desgraciada.

Mi hijo es indigno del nombre que lleva, mi hijo es un infame en quien no veo un solo acto de nobleza, de corazón, de sentimientos.

El general no objetó una sola palabra y la marquesa continuó diciendo:

—¡Sí, ese es mi hijo!

¡Qué diferente de su hermano!

Después de lo que Ana ha hecho por él, después de haberle salvado, porque ella ha sido la que le salvó de las puertas de la muerte demostrándole una pasión tan noble, tan elevada, tan desinteresada y tan digna, ese hijo mío que tanto me hace sufrir, la abandona, la olvida por una mujerzuela que va á ser la deshonra de mi familia, porque crea usted que va á ser causa de la perdición de Román.

El general á su vez, lamentóse muy amargamente y como queda dicho antes, de esta entrevista no resultó nada práctico.

Así pasó algún tiempo; Ana, avanzaba en su enferme-

dad, Román cada día haciendo mayores locuras, Vallejo sin prestar atención á la política, y sin ocuparse de las cuestiones de Estado y hasta sin ir al Congreso, y la marquesa llorando cuando Ana lloraba y sufriendo con la joven, su desgracia y la suya; que ambas obedecían á la misma causa.

Los médicos á quienes hubo por fuerza que llamar en vista del estado de desmejoramiento en que Ana se hallaba, declararon al general, que aunque se trataba de una afección moral, ésta había interesado de tal manera la naturaleza de la paciente, que era preciso combatir de frente y sin pérdida de tiempo el mal.

El veterano, que jamás olvidaba á aquella infeliz mujer á quien tanto amó, pensó entonces que tal vez la enfermedad que amenazaba hacer presa en Ana, fuera la que llevó á su madre al sepulcro.

Ante esta idea, sintió helarse la sangre en sus venas, y llevando á su despacho al médico que había quedado para la asistencia de la enferma, celebró con él una larga conferencia.

Al salir el médico, Vallejo se dejó caer en una butaca, exclamando con voz que más parecía un quejido:

—¡Dios mío! ¿Es posible que quieras castigar también en la hija las faltas de su madre?

Ana estaba tísica.

Su naturaleza, predispuesta ya al mal, al contacto de impresión tan capital y por efecto del desengaño y de las preocupaciones y tristezas constantes, empezó á sentir más franca y discretamente los efectos de tan terrible dolencia, y esto, que á la vista del general no pasaba inadvertido, le tenía en los límites de la desesperación.

—¿Cree usted que le será conveniente viajar?—preguntó Vallejo al médico.

—Desde luego,—contestó éste.

A la semana siguiente, Ana y su tío salían de Madrid para recorrer Europa si era preciso.

—Así se distraerá,—se decía el veterano,—y ¡quién sabe! si conseguirá olvidar á ese infame Román.

Vallejo, al pensar así, daba ostensible muestra de no conocer á Ana.

La infeliz joven amaba como sólo aman ciertas almas: con pasión, con idolatría.

Muerto su amor, muertas sus ilusiones y sus esperanzas, Ana estaba de más en el mundo.

A los dos meses de viaje, el general regresó con su sobrina á Madrid.

Había ido en busca de alivio para Ana y volvía ésta peor que se fué.

Había buscado el medio de distraerla y cada legua que la silla de posta recorría alejándola de Madrid, era un paso que adelantaba en su desarrollo la enfermedad.

De regreso á Madrid, la primera visita del veterano fué para la marquesa.

—¿Qué me dice usted de Román?—la preguntó.

—Nada, amigo mío. No me hable usted de él.

—¿Acaso sigue?...

—¡Qué si sigue! ¡Ah! esto es inaudito. Yo no sé qué hacer; y sin embargo comprendo que hay que tomar una resolución y tomarla pronto.

—¿Pero qué ocurre?

—Que Román, va á arruinar mi casa; que esa mujer le cuesta cantidades considerables; que se me ha enfadado cuando he ido á hacerle cargos y que hace mes y medio que no le veo. En fin, lo que ocurre es que ese hijo me va á quitar la vida. Pero no hablemos de él. ¿Y Ana?

—Lo mismo; es decir, peor.

—¡Pobre hija mía! ¡Y pensar que Román es la causa de todo! Durante vuestra ausencia he pensado una cosa que tal vez pudiera poner término á esta situación imposible.

—A ver, marquesa, ¿qué es?

—He pensado, si halagando el amor propio y la vanidad de Román, sería posible alejarle de esa mujer.

Darle una plaza en una embajada, enviarle lejos de España y ver si allí sentaba la cabeza, mejoraba sus ins-

tintos, resucitaba su pasión por Ana y al fin conseguiríamos devolver á ésta la felicidad y salvarle á él de los peligros que corre.

—Y ¿cree usted, marquesa,—preguntó el general,—que Román aceptará el cargo?

—No sé, amigo mio; pero pudiera ser que lo aceptara.

—En ese caso, hoy mismo voy á ver al Secretario de Estado y antes de tres dias Román saldrá, si es que lo acepta, para su destino.

Precisamente el secretario de Estado estaba bajo la presión de un cargo que he anunciado hacerle en el Congreso y que puede costarle la cartera.

Si me sirve en lo de Román, desistiré de mi interpelación. ¡Qué me importa la gloria que de esa jornada política pudiese caberme, tratándose de la vida de mi Ana!

—¡Si Dios quisiera que los salváramos!

—Veremos; pero temo que sea tarde.

Y los dos se despidieron con la esperanza, aunque no grande, de obtener por aquel medio algún resultado.

CAPITULO LI

Reconciliación

Cuanto la marquesa había dicho al general acerca de la vida escandalosa y de la conducta de Román, era cierto.

El marqués de Moratalla dominado por Genoveva, sólo obedecía á la voluntad de ésta, es decir, á los consejos de Linares el cual se daba prisa á acaparar las riquezas de Román.

La Colombi llegó á deslumbrar con su lujo y con la obstentación que hacía del dinero de Román, y aunque ésto halagaba el amor propio del marqués no se le ocultaba que aquella situación era insostenible.

Mas de una vez había querido dominar su pasión, alejarse para no volver más al hotel de Genoveva, y rom-

No hablemos de esto. Román.

ontrario, hablemos. Y tanto que sin saber la pro-

este favor, no lo acepto.

—Al

cedencia de

—Entonces, te lo diré. Esa credencial me la ha enviado Vallejo.

—¡El tío de... Ana!

—El mismo; Vallejo ha olvidado el mal inmenso que le has causado con tu ingratitud y con tu conducta indigna con su sobrina, y viéndote perdido, conducido á la ruina y al deshonor, quizás, ha pensado este medio de sacarte de esa atmósfera en que te asfixias.

Román nada dijo; pero quedó sumido en profunda reflexión.

—Acepta el puesto, Román,—siguió diciendo la marquesa.—Marcha á Francia, sé noble, digno, honrado, formal y juicioso, y olvida de una vez esta aventura cuyas consecuencias nunca llorará bastante tu madre, y otro ser que, estoy segura, que como yo sabrá perdonarte aunque mucho la has ofendido.

—¡Ana!—exclamó Román.

—Sí; Ana á quien has tratado despiadadamente, Ana que hoy está enferma, tal vez herida de muerte, y que sólo espera tu arrepentimiento para perdonarte.

—Y ¿para amarme?—preguntó Román con grande interés.

—No: eso ya es imposible. Has muerto sus ilusiones, sus esperanzas, su pasión y Ana ya no te amará.

—¿Tanto me odia?

—¡Odiarte! ¡Qué poco conoces al ángel que te destinaba por compañera de tu vida!

Ana te ha perdonado y te compadece; pero, ¡odiarte! en su corazón esa pasión no puede tener cabida porque en él sólo se albergan los sentimientos nobles, puros y honrados.

—¿Luego crees que no podré ya ser amado por ella?

—Román, no digas nunca que yo te lo he advertido; pero sábelo: Ana te adora, Aná muere por ti. Pero su amor propio y su dignidad la obligan á guardar este secreto íntimo de su corazón. Procura merecer su cariño y ¡Dios quiera que al fin seais dichosos!

Ahora pensemos en tú marcha.

Y madre é hijo, después de aquella reconciliación, convinieron los pormenores del arreglo propuesto por la marquesa.

Román estaba por demás satisfecho y en cuanto á la marquesa, no hay que decir que fué aquel de los días más felices de su vida.

Una hora después de separarse de Román, la marquesa de Moratalla refería al general Vallejo y á Ana su entrevista con Román y acababa diciéndoles:

—Le hemos salvado y hemos salvado á este ángel,—y abrazó á Ana.—Román te ama, hija mía, y marcha á Francia á hacerse digno de tí y á conquistar tu perdón y el amor que le has retirado.

—¡Retirado!—exclamó Ana.—¡Retirado y me está matando á fuerza de arraigarse en mi corazón!

CAPITULO LII

Un hombre singular

Román, en tanto que la marquesa corría presurosa á dar cuenta á Ana y al general de su entrevista, reflexionó acerca de su situación y no tardó en convencerse de que por todos estilos y conceptos le convenía lo que acababa de aceptar.

—Así,—se dijo,—me reconcilio con mi madre, hago las paces con Ana, me libro de Genoveva y salgo de los compromisos que esta última me ha creado. Luego, una vez en París, ya veremos lo que hago.

Antes de separarse la marquesa de Román le había dicho que era preciso se apresurase á salir de Madrid, así es que Román se dió prisa á despachar sus asuntos con el fin de salir al día siguiente para la capital de Francia.

Román se despidió aquella noche de sus amigos, y á la mañana siguiente, momentos antes de abandonar la corte, escribió á Genoveva manifestándole que habiendo sido agraciado por el Gobierno con el nombramiento de Secretario de la Embajada de España en París, salía para su destino y advirtiéndole que nada le importaba que le reemplazaran en su favor.

Al despedirse de su madre el marqués de Moratalla, la dijo:

—Parto, madre mía, sin decir adiós á Ana. ¿Quiere usted decirla que me haré digno de su amor?

—Sí, hijo mío,—exclamó la marquesa llorando,—y ¡Dios quiera que no te engañe tu buen deseo de un momento!

Poco después de las doce del día se alejaba por la carretera de Francia, á buen paso, una silla de postas.

En ella iba Román acompañado de su fiel criado Manuel, que como es sabido, ejercía á su lado las funciones de ayuda de cámara.

Antes de seguir adelante, diremos que Genoveva y Linares, al verse burlados en sus esperanzas, rescindieron la contrata de la primera y marcharon á América donde se proponían hallar lo que Europa no les ofrecía fácilmente.

Después de un penoso viaje, el marqués de Moratalla llegó á París y tomó posesión de su importante cargo en la Embajada, siendo presentado inmediatamente en la alta sociedad que le acogió con agrado solamente.

Durante el viaje y en los primeros días de su permanencia en París, Román pensó con frecuencia en Ana, más por gratitud que porque sintiera su corazón interesado por la joven; y en las diferentes cartas que á su madre escribió hacía nuevas promesas de poner de su parte todos los medios para llegar á merecer el amor de la joven.

Inútil es decir que aquellas cartas eran hábidamente leídas por Ana, y que ellas eran un verdadero bálsamo para sus heridas.

No tardó el marqués de Moratalla en informarse, pues nadie en París lo ignoraba, de quienes eran Genoveva y Linares.

Al convencerse de que había sido solamente juguete de aquella mujer y blanco de una repugnante intriga, Román, cuyos sentimientos hemos dicho eran bien poco nobles y cuyo fondo sólo maldad acusaba, juróse que no incurriría en nueva inocentada, y su corazón, apenas entreabierto á las pasiones, se cerró por completo.

Al mismo tiempo despertóse en él un deseo vehementísimo de riquezas, y en su alma se asió el primer eslabón de la cadena de la avaricia.

Aquel cambio operado en su manera de ser no dejó de advertirlo en sus cartas la marquesa; pero respecto á Ana, Román cada día se mostraba más apasionado cuando de ella á su madre le hablaba.

Román había meditado sobre la fortuna de la joven, y estaba convencido de que, siendo tan querida por el general y teniendo á más los millones que de su padre heredó, era, á no dudarlo, un excelente partido.

Antes, cuando no sentía la pasión al dinero, no había pensado en esta circunstancia; pero en la ocasión presente era distinto. Román no quería que su presa se le escapase.

Además, al unirse á Ana podía contar de lleno con la influencia del general, y con esta base ¿quién podía negarle la posibilidad de ocupar el día de mañana, siendo como era tan joven, los más elevados puestos?

Román, con la vista fija en la resolución de ese problema, observó durante los tres primeros meses de su permanencia en París una conducta ejemplar, y dispuesto estaba á no abandonarla con el fin de poder en breve volver á Madrid á echarse á los piés de Ana para decirla: «Pequé; pero heme aquí arrepentido esperando tu perdón.»

Pero Román al hacerse estas cuentas y trazarse esta conducta, no contó con su principal enemigo.

El marqués de Moratalla, era por demás impresionable; sus sentidos respondían á la más pequeña provocación y su afición á los placeres y su predisposición al vicio eran tan grandes como ruín su alma y pobre su espíritu.

Román huía de todas aquellas aventuras por fáciles que fueran, que pudiesen dar margen al más pequeño escándalo; pero en cambio, impotente para resistir sus pasiones y sus instintos, buscaba, á la sombra de la noche, aventuras en las clases media y proletaria, en las cuales no corría peligros, ni exposición de comprometer sus intereses.

Siguiendo esta conducta, buscó sus víctimas en una esfera inferior á la suya y allí donde el gran mundo no suele penetrar para otra cosa que para satisfacer una pasión bastarda por más que por regla general tenga que luchar y sea vencido por la honradez. Que estos sentimientos y estas ideas del honor se albergan en las clases humildes y se respetan más que en ninguna otra esfera.

Huyendo por estos medios Román del escándalo, vino á dar de lleno en él y de tal suerte que se vió obligado de abandonar su puesto en la Embajada y á regresar á España, no sin antes vencer serios obstáculos, que salvó merced á la influencia de la marquesa, su madre.

Por el interés que reviste el suceso y porque se trata de nuestro personaje, vamos á dar cuenta de él con alguna extensión.

Una noche en que Román había salido del palacio de la Embajada, como él se decía, en busca de aventuras, vió en una calle poco transitable una joven de singular hermosura.

Iba sola, y diríase que un asunto urgente motivó su salida, á juzgar por el paso acelerado que llevaba.

Román la vió á la luz de un escaparate, y quedó prendado de su belleza.

En un momento, mil ideas distintas cruzaron por la mente del marqués; pero mientras decía lo qué hacer, siguió á la joven hasta uno de los barrios más apartados viéndole entrar en uno casa de pobre apariencia.

Allí vivía seguramente la paloma á quien aquel milano codiciaba.

Al día siguiente, Román se informaba de quién era la joven y de las circunstancias todas que en ella concurrían.

Se llamaba Clotilde; vivía con su madre anciana, viuda, imposibilitada, y no tenían madre é hija otro patrimonio que el trabajo de Clotilde.

El marqués cuando conoció estos pormenores, frotóse las manos de gozo, exclamando:

—Es una aventura fácil. Emprendámosla.

Una noche esperó á que Clotilde saliese; se aproximó á ella, le habló y no obtuvo una sola palabra por respuesta.

—Se hace la desdeñosa,—pensó Román, é insistió en sus persecuciones y no perdonó medio de hacerse oir de la joven.

Todo en vano: Clotilde seguía todas las noches su camino sin prestarle la menor atención.

Esta resistencia de la joven llegó á exasperar á Román hasta el extremo de llegar á sentir un deseo vehementísimo que no hubiera cejado ante los más grandes sacrificios.

Al fin, una noche Clotilde le habló. Le habló para amenazarle con dar parte en la prefactura si volvía á importunarla.

Román estaba desesperado; no atendía á sus obligaciones, y para él no había otro pensamiento ni otra cosa en el mundo que Clotilde.

En este estado las cosas, hallábase Román en uno de los despachos de la Embajada, situado en la planta baja del Palacio de España, cuando vió abrirse la puerta con grande estrépito y aparecer un hombre que gritaba á uno de los lacayos:

—¡Entro por qué quiero ver al marqués!

Román se fijó entonces en el ente que tenía delante, y dijo al lacayo:

—Retírate.

Era el recién llegado uno de esos seres de los que sin duda la Naturaleza se arrepiente de haberles dado vida y forma.

Ancho de hombros, de baja estatura, tanto, que apenas media un metro; en su espalda se dejaba ver con exuberancia una enorme jiba.

Su rostro, de un color verdoso oscuro con fuerte y poblada barba y espeso bigote, que aun no ocultaba el grosor de sus labios y que servía de base á una nariz ancha colocada en su nacimiento entre dos ojos verdes á los que casi cubrían dos cerdosas y espesísimas cejas que se confundían con el cuero cabelludo, tan espeso como sus cejas y barba.

Este era el sér que tan precipitadamte se había entrado por las puertas del Palacio de la Embajada y había llegado hasta el despacho del marqués abriéndose paso á empellones.

Vestía un traje decente, cuyo corte debía haber sido un verdadero rompe cabezas para el sastre que lo hiciera.

Román se quedó mirándole fijamente algunos segundos, y después, con cierto aire de severidad, le preguntó:

—¿Quién es usted y qué quiere?

—A decírselo voy, señor; pero permita usted que ante todo cierre la puerta.

Y uniendo la acción á la palabra llegó hasta la puerta, la cerró con llave y guardándose ésta en el bolsillo, en medio del asombro de Román, volvió junto á éste y le dijo:

—Me ha preguntado usted quién soy y qué quiero y voy á contestarle. Soy el *Chepa*, un ladrón, un criminal célebre en España y demasiado conocido, desgraciadamente, en París también.

Román, al oir estas palabras, se puso en pié é hizo intención de tocar el timbre que había sobre una de las mesas; pero no tuvo tiempo para ello.

El visitante había sacado una pistola del bolsillo y apuntándole le dijo:

—No se mueva usted si quiere conservar la vida, y créame que sería para mí muy doloroso causar daño á un compatriota que ningún mal me ha hecho.

—¿Pero usted qué quiere?—preguntó impaciente Román que temía ser objeto de un robo á mano airada.

—Iba á decírselo á usted, cuando con su precipitación por llamar me ha obligado á enseñarle esta arma. Así es que si me lo permite me explicaré.

—Ya le escucho,—repuso Román, dejándose caer en uno de los divanes y adaptando un aire de tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—El objeto de mi visita, señor marqués de Moratalla, no ha sido otro que librarme de la persecución de la policía. Hace tiempo que me siguen la pista: hace un instante dos policiacos han tratado de echarme el guante y gracias

á mis fuerzas, he logrado desasirme de ellos y huir. Al doblar la esquina, me he hallado con la Embajada de mi país y en ella me he guarecido. Al detenerme sus lacayos é impedirme el paso he recordado vuestro nombre y... esto es todo.

—Bueno,—dijo Román sin lograr vencer sus recelos.— ¿Y qué es lo que usted quiere?

—Ya se lo he dicho, librarme de la policía y rogar á usted me dé un pasaporte para pasar á Italia.

Esta noche última he meditado largamente sobre mi situación, y estoy decidido á dejar el mundo para dedicarme á desagraviar á Dios.

Román no pudo contener una sonrisa al oir aquellas palabras, y con tono irónico preguntó:

—¿Para desagraviar á Dios ó para desplumar á los italianos?

—Duda usted de mis palabras, y no tiene motivos en verdad para otra cosa; pero si pudiera usted leer en mi conciencia, si conociera usted los pormenores de mi vida, no me haría esa ofensa...

Y al decir ésto, dos lágrimas brillaron en las pupilas del *Chepa*, yendo á perderse en su espesa barba.

Román estaba en uno de esos momentos de *splin* en que todo hastía, y buscando motivo de distracción, dijo á su extraño visitante:

—Debe ser su vida muy interesante, ¿quiere usted referírmela? Quizá pudiera decidirme á facilitarle el pasaporte, pero con dos condiciones.

—Las acepto, sean cualesquiera que fuesen.

—¿Me lo ofrece usted?—le preguntó Román por cuya mente pasó en aquel instante una idea más propia del bandido que de él.

—Se lo ofrezco.

—Entonces refiérala usted. La primera condición es la de decirme la verdad.

—Jamás he mentido.

—La otra condición ya la fijaré después.

Román hizo una seña al visitante para que se sentase, y éste empezó diciendo:

—Me llamo Luis Eguia Marchante: tengo treinta y seis años...

—¡Eguia y Marchante!—exclamó Román.—Esos son los apellidos que lleva el marqués de la Vega de Félix.

—Ese es [illegible] de mí.

La sed de venganza, seguía ahogándome y todo mi sér le reconcentraba en buscar el médio de devolver al hijo del marqués de la Vega de don Félix, el mal que me había causado.

La casualidad hízome saber que mi hermano se casaba y que efectuado el enlace los esposos saldrían con sus padres para una posesión situada á dos leguas de San Fernando.

Llamé entonces á Juan y le dije:

—El día de la venganza se acerca.

—¿Cómo es eso?

Mi contestación fué darle noticia del próximo enlace de mi hermano.

—Y bien,—me dijo,—¿qué deseas?

—Dos cosas, no más.

—¿Cuáles son?

—Que la gente coja vivos á mi hermano y á su esposa el día que vayan á su posesión.

—¿Y si se resisten?

—Que procuren maniatarlos; pero nunca herirles. Lo segundo es que mientras yo me quedo con ellos en uno de nuestros escondites, destines al *Paloma* y al *Cafre* á mis órdenes. Ocho días no más. Pasado ese tiempo nos uniremos á la partida.

—¿Qué intentas, Luis?

—Ya lo verás.

—¿Y si no accediera á tus deseos?

—Te mataría.

—¡El cordero se trasforma en león!

—¿Quién, sino tú,—le dije,—me ha inducido á la venganza? Sin tus excitaciones yo habría muerto en un presidio; pero inocente. Hoy no es posible retroceder. La venganza se aproxima. ¡Ay del que intente arrebatarme ese triste goce!

—Tienes razón,—me dijo aquel hombre.—Las deudas como las palabras, deben saldarse. Se hará lo que deseas.

A los ocho días y después de no poca resistencia, mi hermano y su esposa me fueron entregados.

Mis compañeros se batieron heróicamente, sacando algunos heridas de la refriega. Accediendo á mis deseos, mis padres fueron puestos en libertad no sin que antes sostuviese yo con ellos una corta, pero expresiva conversación.

En aquella entrevista me rechazaron, me negaron y me maldijeron.

Yo, en recompensa, los perdoné y los puse en libertad. ¡Ah! ¡no quiero recordar aquella escena!

Con el alma destrozada me dirigí á la cueva donde se hallaban prisioneros mi hermano y su esposa.

Me acerqué á mi hermano que estaba atado, tendido en el suelo y le dije:

—Supongo que no esperarás nada bueno de mí.

—Nada,—me contestó con arrogancia.—Y á pesar de que la situación me hace sentir doblemente, pues veía realizados mis sueños de felicidad, espero tranquilo la muerte. No quiero la vida dada por ti. Así, pues, mátame cuando quieras. Si siento morir es por ese ángel que sin duda será tu víctima.

—Quizás no,—repuse.—Por lo pronto quiero que esta señorita sepa quién soy y qué causa me obliga á ser quizás un monstruo de crueldad.

Entonces enteré á Rita,—así se llamaba,—de lo que tanto se le había ocultado.

Ella escuchó con religioso silencio mi narración y sus ojos vertieron llanto abundante, escuchando tantas desventuras.

Al terminar, me dijo:

—Si el crimen es disculpable, alguna vez, hé aquí la más favorable para serlo. Le han herido á usted en lo más profundo del alma, le han arrebatado la felicidad.

Fernando,—añadió dirigiéndose á mi hermano:—¿Qué derecho puedes tener para quejarte de tu hermano? Renegastes de él: hoy reniega él de ti: Al matar á la mujer á quien él amaba y por quien era amado, mataste á la vez su corazón.

¿Cómo te ha de pagar esta deuda? Ya te conozco Fernando y sé que no me amas.

—Más que á mi vida,—repuso mi hermano.

—No, Fernando, un corazón como el tuyo, no puede amar. Tú, solo deseas mi poca ó mucha belleza, como anhelastesla de Luisa, tu víctima; y yo que tanto te he amado, que tanto he creido en tí, que cifraba mi dicha en llamarme tuya, te desprecio tanto como el ángel á quien diste muerte. Y ahora, Luis,—me dijo,—haced de esta desgraciada mujer, lo que vuestra conciencia os dicte.

—Yo te amo Rita, te amo,—clamaba mi hermano, luchando en vano por desasirse de las ligaduras que le sujetaban y oprimian.

—Señora,—dije á aquella joven,—ahora será usted puesta en libertad. Renuncio á mi venganza.

—Un convento será mi refugio. Allí acabaré mis días.

—Siento en él alma,—le dije,—ser causa de su desengaño.

—No, amigo mío,—me respondió,—yo bendigo la Providencia que me ha librado de este miserable. Adiós, Fernando, adiós para siempre y quiera el cielo perdonarte como yo te perdono. Y usted, Luis,—me dijo,—á quien la maldad de los hombres ha convertido en criminal, reciba mi último adiós. Vamos por distintos caminos; pero si en la vida volvemos á encontrarnos, crea que nunca tendré inconveniente en estrechar su mano.

Ordené á *Palomo* la acompañara hasta el pueblo inmediato y volví al lado de mi hermano.

—¡Ya estás vengado!—me dijo con ira reconcentrada.

—Harto lo siento, pues he destrozado el corazón de un ángel.

—¿Crees que el mío, no?

—¡El tuyo, Fernando!—exclamé.—¿Y eres tú quién me lo dice?

—Se valiente una vez, vil jorobado: desata mis ligaduras y proporcióname el placer de ahogarte entre mis manos.

—¡Jamás, Fernando!—le dije.—Yo no soy fratricida.

Y volví la espalda, dejándole entregado á su desesperación.

Aquel mismo día lo mandé poner en libertad. Lo había perdonado.

Desde entonces mi vida fué la del criminal empedernido, cuyo corazón cerrado á toda afección no ha retrocedido ante nada. Mi conciencia ha permanecido callada hasta anoche; pero al despertar, llamada por Luisa, cuya alma me habló para salvar la mía, quiero alejarme del mundo y por obtener lo que le he pedido á usted soy capaz de todo.

—¿De todo?—preguntó el marqués de Moratalla.

—De todo.

—Y si te dijeran ¡mata!

—Mataría. ¿Qué importa un crimen más, si éste había de proporcionarme la salvación de mi alma?

Román meditó breves instantes. Aquel hombre podía proporcionarle la realización de un deseo que le enloquecía y robaba su tranquilidad y sosiego. ¿Por qué no acoger aquel medio que la casualidad le enviaba?

Su instinto, siempre inclinado al mal, le venció al fin, y acercando una silla á la que el *Chepa* ocupaba, le dijo:

—Ahora vamos á hablar del precio, de su huída á Italia.

—Te he preguntado,—empezó diciendo Román,—si matarías, si te dijeran «mata» y me has contestado afirmativamente. Ahora debo decirte para tu tranquilidad que no se trata de eso, sino de empresa más fácil. No voy á pedirte que cometas un crimen, exijo únicamente de tí que me ayudes á llevar á cabo un *pecadillo*.

—Cúmplame usted la oferta de facilitarme el pasaporte y pídame lo que quiera.

—Tendrás el pasaporte.

—Condiciones.

—Una sola. Se trata de cazar una *paloma* que me trae loco.

—¿Alguna joven virtuosa? ¿Alguna desgraciada?

—¿A tí qué te importa?

Para ganarte ese pasaporte y los medios de huir de la policía francesa contando con mi apoyo, sólo tienes que

hacer lo siguiente. Préstame atención y no olvides ni un detalle.

—Le escucho.

—Esta noche á las nueve te apuestas en la calle de Saint-Gervais, en sitio próximo á donde yo me sitúe. Cuando yo te haga una seña te fijas en la persona que pase. Fíjate bien, porque mañana has de conocerla cuando á la misma hora pase por el mismo sitio.

—Entendido. Y ¿qué más?

—Mañana, ayudado por quien tú creas conveniente, has de apoderarte de esa joven; la metes en un coche y la conduces, sin que lance un solo grito, esto corre de tu cuenta, al boulevar X***, núm. 14. Abres el *chalet* y allí la dejas.

Yo no tardaré en llegar y antes de pasar adelante, en la misma puerta te entregaré el pasaporte, haciendo constar en él que eres un empleado de la embajada que va á asuntos de servicio. ¿Te conviene?

El *Chepa* tardó breves instantes en responder; pero al fin dijo:

—¿Por qué no? Así como así, el asunto es mucho más fácil que matar á un hombre, y cuando hasta á esto estaba dispuesto por hallar mi reposo, mal podría desechar vuestra proposición. Venga la llave y hasta la noche en la calle de Saint-Gervais.

Román entregó á *Chepa* la llave que éste le pedía, pero al dársela le dijo:

—Te advierto que tengo en mi mano tu cabeza, y que si no cumples tu ofrecimiento como debes, toda la policía francesa y los agentes de la embajada se pondrán en tu persecución hasta encontrarte.

—Estaba demás la advertencia. Esa mujer estará mañana á la noche encerrada bajo esta llave.

—Hasta la noche pues.

El *Chepa* comprendió que se le despedía y salió del despacho de la embajada, no sin ofrecer nuevamente á Román que quedaría complacido y sin rogarle que no olvidase de llevarle el pasaporte.

Aquella noche á las nueve, el marqués de Moratalla y el *Chepa* se encontraban en el punto en que se habían citado.

Un cuarto de hora más tarde, la infeliz Clotilde pasaba por junto al jorobado.

Román, oculto en un portal de enfrente, hacía la señal al *Chepa* y éste siguió á la joven pasando varias veces por delante de ella, para fijarse bien en sus facciones.

Cuando el primer secretario de la embajada de España en París regresaba al palacio, se decía:

—Mañana veremos si se resiste la *paloma*. La verdad

es que hay una Providencia para los enamorados. La visita de ese ente no ha podido ser más oportuna.

Mientras tanto el *Chepa* sostenia una lucha horrible en su conciencia.

¿No sería aquella joven, una mujer virtuosa, honesta y desgraciada como Luisa? El marqués de Moratalla, ¿no podia ser un desalmado como el hijo del marqués de la Vega de Félix, su hermano?

—Y si es éste el caso ¿qué? se decía.

Yo no tengo la culpa; yo necesito huir de París: quiero allí en una ermita de Italia, donde nadie pueda turbar mi tranquilidad, ni mis suplicios desagraviar á Dios, hacerme digno del perdón de Luisa y del Eterno. Y voy á renunciar á esto, voy á retroceder ¿ante una consideración tan insignificante?

No y mil veces no. Adelante y que el marqués de Moratalla robe en buen hora á esa mujer, con tal de que me cumpla su ofrecimiento.

A la noche siguiente, el *Chepa* acompañado de otro sujeto esperaban la llegada de la joven, á la cual siguieron.

Un coche común iba detrás de ellos.

Al llegar la joven á una calle por la cual no pasaba nadie, el *Chepa* se adelantó y colocándose delante de ella detuvo la marcha de ésta.

En tanto el coche se detenía junto á ellos.

El *Chepa* cogió á la joven por la cintura y como si levantara una pluma, la metió en el carruaje. Luego entró él y cerró la portezuela arrancando el caballo poco menos que al galope.

CAPITULO LV

La muerte de un ángel

La infeliz Clotilde estaba desmayada por efecto de la terrible emoción sufrida, y desmayada continuó durante el tiempo que tardaron en recorrer el trayecto hasta el hotel de Román: un hotel que tenía alquilado para sus aventuras amorosas.

El carruaje detuvo su marcha y el *Chepa* se apeó.

Como la joven continuaba sin conocimiento, tuvo que entrarla en brazos en el hotel, que abrió con la llave que le había entregado Román.

Una vez dentro, el *Chepa* encendió una mecha que llevaba á previsión, y con ella las luces de un elegante gabinete situado á la derecha y junto á la puerta del *chalet.*

Breves segundos después, Clotilde recobraba el conocimiento.

Al encontrarse en aquel sitio y al lado de un ente como el *Chepa*, su desesperación fué indescriptible. Lloró, rogó, suplicó; todo en vano: quiso gritar, y el *Chepa* la obligó á callar.

Entonces la joven huyó á un rincón, y por sus mejillas corrieron dos raudales de llanto.

—¡Pobre madre mía!—exclamaba.—¿Qué va á ser de tí, sola en el mundo, sin un pedazo de pan que calme tu hambre? Tu hija, la que con su trabajo te ganaba el sustento, ha caído en criminales redes...

El *Chepa* no escuchó más. Lo que había oído le bastaba para comprender la situación, y olvidándose de todo, al recuerdo de Luisa, corrió al lado de Clotilde, la interrogó, adquirió la certeza de que era una joven honrada que mantenía á su madre con el sudor de su frente, como Luisa á la suya, y asiéndola de una mano, le dijo:

—Venid, señorita; voy á acompañarla á su casa. Han querido cometer con usted una infamia; pero yo la salvaré.

Clotilde se arrojó á los piés del *Chepa* y los regó con sus lágrimas.

—Vamos, venid,—dijo éste conmovido y vertiendo lágrimas de emoción;—no tenemos tiempo que perder: el marqués puede venir.

Y poco menos que arrastrando, llevó á la joven hasta la puerta.

En el momento en que iban á salir, tropezaron con un hombre.

Era el marqués.

—¿A dónde se va?—preguntó Román con asombro.

—Señor marqués, á la calle. ¡Paso á la virtud y á la desgracia!

—¡Nunca!...—repuso el marqués fuera de sí.

Y empujando al *Chepa*, que no estaba prevenido, entró en el recibimiento del hotel y cerró la puerta de un fuerte golpe.

El *Chepa* se repuso en seguida de la sorpresa.

Clotilde cayó de nuevo sin conocimiento al suelo.

—¡Señor marqués de Moratalla, dejadnos pasar, ó por la memoria de mi Luisa que le va á pesar!

—¡Miserable asesino! ¡Vete y déjame con esa mujer, ó no respondo de tu vida!—exclamó Román, poseído de un verdadero vértigo.

—¡Paso á la desgracia, marqués!

—Vete y déjame con ella.

—¡Nunca!

—Entonces, toma el pasaporte para Italia...

Román sacó un puñal del bolsillo del abrigo y se abalanzó sobre el *Chepa*.

Pero éste había visto el movimiento de Román, y contuvo el golpe con su brazo, del cual empezó á brotar la sangre.

Entonces, se arrojó como una fiera sobre el marqués, le arrebató el puñal que tiró á larga distancia, y abrazándose á Román, con tal fuerza lo aprisionó entre sus brazos de hierro, que el joven quedó sin conocimiento.

Entonces, creyendo haber estrangulado al marqués salió á la calle huyendo.

Pero apenas había dado algunos pasos, se acordó de Clotilde, que quedaba en el hotel junto á un cadáver. Volver á él era exponerse á ser preso y á morir en un patíbulo; pero había otros medios de salvar á la joven, y no vaciló en poner uno en práctica.

Buscó un muchacho, le dió la llave del hotel y le dijo, mostrándole la casa, á un tiempo que le daba una buena propina:

—Avisa á la policía de que ahí se ha cometido un crimen. No des mis señas.

Y desapareció, antes de que el pillete pudiera darse cuenta de lo que oía.

Una hora después, la policía estaba en el hotel, y se encontraban á dos jóvenes sin conocimiento, y al marqués medio asfixiado y con el cuerpo atrozmente dolorido por el abrazo de el *Chepa*.

Román estaba empapado en sangre, y esto demostró á la policía que allí había tenido lugar un verdadero drama.

El marqués de Moratalla se dió á conocer á los agentes

de policía y pidió ser conducido ante el prefecto, á quien dió cuenta minuciosa de todos los pormenores del drama.

El prefecto pasó á conferenciar con el embajador, y luego con el gobierno, y al asunto se le echó tierra.

Clotilde fué devuelta á su madre, cuyo silencio se logró con una fuerte suma que les dió Román.

Se dieron algunas gratificaciones á los agentes que habían acudido al sitio del suceso, amenazándoles con la cesantía si hablaban, y todo quedó en el mayor misterio.

Pero el gobierno francés impuso al embajador como condición precisa el que Román fuera trasladado á otra embajada.

Ocho días después el marqués de Moratalla salía para España con pliegos reservados para el secretario de Estado.

¿Qué ocurría mientras tanto en el palacio de Moratalla y en casa del general Vallejo?

Durante los primeros días de la estancia de Román en París, tanto la marquesa como el general se mostraban satisfechos de su conducta, y sus cartas se leían infinitas veces en presencia de Ana, pues no parecía sino que aquellas líneas trazadas por la mano del joven, era el mejor medicamento para combatir la terrible dolencia que de la pobre niña se había apoderado.

Pero á medida que el tiempo pasaba, el marqués iba dejando entrever en sus cartas la frialdad que le inspiraba Ana, y cuando dió comienzo á la aventura cuyo desenlace se relata en el anterior capítulo, Román, ensimismado en ella, apenas si escribía algunas líneas á su madre, en las cuales poco ó nada decía referente á su infeliz prometida.

Fuera que este nuevo golpe precipitara el desenlace de esa traidora dolencia que no respeta la juventud sino que por el contrario en ella suele buscar sus víctimas, fuese que la naturaleza de Ana fuese demasiado débil para resistir el mal, es el caso que la joven empezó á agravarse hasta el punto de inspirar á todos serios temores.

—Esto va muy deprisa,—dijo una tarde Ana á su tío.—Cada día que pasa me siento más débil. Esta tos me mata.

El general no le contestó porque sus ojos se arrasaron de lágrimas, y huyó á ocultar su dolor lejos de la paciente. Aquella ó parecida frase la había oído de labios de la madre de Ana pocos días antes de morir.

La marquesa no se separaba del lado de la joven, y era la encargada de darle esperanzas de vida presentándole un porvenir risueño al lado de Román, que cada día, según decía la desgraciada madre, amaba más á su prometida, y que allá, desterrado en París, procuraba hacer méritos para merecer el perdón de su amada.

El mismo día en que Ana pronunció aquella frase que había llenado de zozobra y de dolor el alma del general, la joven le dijo á la marquesa:

—¿Por qué no mandamos venir á Román? ¡quiero verle y perdonarle antes de morir!

En vano procuró la marquesa desechar estos tristes pensamientos. Ana no paró hasta que su tío pidió y obtuvo la licencia oportuna para Román.

Esta licencia se cruzó en el camino con el interesado.

Ana no había vuelto á pensar en la muerte: al contrario, decidida á perdonar á Román, á pesar de la frialdad que en sus últimas cartas observara y que ella achacaba al excesivo rigor que con él mostraba, ocupábase en dirigir su equipo de novia; equipo que el general y la marquesa no podían ver sin sentir el alma traspasada de dolor, porque no se les ocultaba, pues el médico claramente lo había dicho, que aquellas prendas serían la mortaja de la infeliz niña.

La enfermedad había llegado á su período álgido, y los días de Ana estaban contados.

Un día, el anterior al en que llegó á Madrid Román, la joven no pudo abandonar el lecho: el médico la examinó detenidamente y la pulsó.

Tenía una fiebre terrible y su estado era tan inminen-

temente grave, que el doctor, afectado realmente porque quería mucho á la infeliz criatura, declaró que había llegado el momento de que la enferma cumpliera con Dios.

Aquella misma mañana Ana había preguntado si tardaría Román mucho en llegar.

—Cinco ó seis días,—le contestó la marquesa que ignoraba el precipitado regreso de su hijo.

—Entonces,—replicó Ana,—me parece que no me va á ver.

—¿Por qué, Ana?

—Porque me siento morir por momentos. ¡Dios mío!—exclamó la joven elevando al cielo una suplicante mirada. —¡Que no muera yo sin haberle visto.

El día fué terrible: tres vómitos sanguinolentos acabaron por postrarla en un abatimiento grandísimo.

Al llegar la noche, la debilidad la rindió: la fiebre cedió algún tanto, y Ana pudo dormir algunos momentos.

Su respiración indicaba por sí sola el desenlace de aquel sufrimiento.

Ni la marquesa ni el general que la velaban, confiaban en que viese la luz del nuevo día.

Los dos lloraban amargamente: los dos sentían el alma transida de dolor, y de sus pechos escapábanse frecuentes suspiros.

Por fin amaneció, y Ana vivía.

La joven despertó pocos instantes después, y al ver la claridad del nuevo día, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! Al fin voy á verle.

Su corazón le anunciaba la llegada de Román.

Serían las diez, cuando uno de los criados del general hizo llamar á la marquesa para decirla:

—El señor marqués la espera.

—¿Mi hijo?

—Sí, señora.

La marquesa corrió presurosa á abrazar á su hijo.

—¿Por qué lloras, mamá?—preguntó Román al ver el llanto de la marquesa.

—¿Que por qué lloro? Porque Ana está espirando.

—¡Quiero verla!—exclamó Román.

—Sí, ven, ven; te esperaba; nos lo acaba de decir y creíamos que deliraba... Pero no entres aún: espera que voy á prepararla porque la emoción podría precipitar su muerte.

La marquesa, procurando ocultar sus lágrimas, llegó hasta la cabecera del lecho donde Ana comenzaba á sufrir los rigores de la agonía.

—Ana, Anita, hija mía,—la dijo.—¿Cuando crees que vendrá Román? ¿No quieres ya verlo?

—Si ha llegado,—repuso con voz que más parecía un quejido, la joven,—que pase. Sólo espero su llegada para morir.

Pocos segundos después Román entraba en el dormitorio de Ana y caía de rodillas junto al lecho.

La joven sacó el brazo; alargó á Román la mano que éste besó y sólo murmuró estas palabras:

—¡Qué felices hemos podido ser! Ya muero tranquila, Román. ¡Cuánto te adoro!

Luego siguió la agonía.

Ana tuvo unas cuantas palabras de cariño para el general y para la marquesa.

Luego un fuerte golpe de tos... luego sólo se escuchaba el estertor... después nada.

Ana había muerto.

Entonces el general se llegó hasta Román en actitud severa y extendiendo su brazo sobre el cadáver, dijo á Román:

—¡Miserable! gózate en tu obra.